



El tiempo era un caballo desenfrenado

Omar Alí Moya García

Colección: Narraciones

El tiempo era un caballo desenfrenado

(Cuatro cuentos)

Omar Alí Moya García

Cuento de Hadas

Resulta que un día ya nadie las buscó, para que les lograran el mejor de los sueños imposibles: la boda de ensueño, un viaje al paraíso con todos los gastos pagados. Ahí, se les suele ver por las calles, vendiendo polvos y conjuros para el buen amor, para la belleza y la fortuna. Nadie les compra nada, nadie las alza a ver. Terminan su jornada de ventas, agotadas de tanto caminar. Poco a poco las alas en sus espaldas se marchitaron, cayeron y el sol las hizo añicos con el calor del adoquín.

Se suben a los buses, atestados de gentes, se mueven entre ellas, apretujadas, sudorosas y ofrecen pastillas para adelgazar y delinear la figura, píldoras para mejorar la memoria de los buenos recuerdos, ungüentos para quitar las arrugas y licores para olvidar el dolor del mal amor. Pasan entre el tumulto y el bullicio de las ventas en los mercados, entre los puestos de verduras, y las carnes succulentas de la matanza más reciente, ahí por los tramos donde los comerciantes te guiñan, te hacen buenos ojos, te tocan y acarician y te dicen «¿Qué andas buscando, amor? ¿Ropa, zapatos?, preguntá que yo te lo consigo más barato», por ahí deambulan, sin ser vistas, sin que nadie les muestre interés. Olvidadas e ignoradas... Apenas un pequeño retazo de luz ambigua se les pone en las pupilas, cuando en medio de tanta indiferencia rutinaria, un pequeño niño les sonrío y les dice adiós.

(2016).

Medusa (o la ilusión del amor)

Caminaba a tientas procurando no hacer ruido entre el bosque, adornado de miles de estatuas de hombres con rostros de espantos, más allá de las tierras hiperbóreas, donde se le condenó tiempo atrás, luego que Atenea, en un arrebato aciago de celos, convirtió su hermosa cabellera en serpientes. Por temor, ya los hombres casi no transitaban esas zonas y si lo hacían, siempre llevaban consigo un espejo.

Gustaba contar sus víctimas y las serpientes en sus cabellos, sonreían malévolamente. Hasta que un día, de lejos lo vio. Caminaba despacio sin alzar la mirada. Ella se acercó y se paró frente a él. Las serpientes, erguidas y sonrientes, fijaron sus pupilas sobre él y no pasó nada. Medusa, confundida, le tomó el rostro con sus manos y vio sus ojos: una mirada apagada, pérdida, extraviada hace tiempo. Era ciego.

Ella amó el hecho de que él no le tuviese miedo; él, que ella lo tomara de la mano sin soltarlo. Y se amaron como nadie en la historia del mundo. Dos seres nacidos para complementarse el uno al otro. Ella dejó de ser lo que era y lo llevaba a conocer el universo; él le cantaba canciones al oído. Dormían como gacelas, uno junto al otro bajo la luz de la luna. Los hombres del pueblo notaron la ausencia de Medusa por los caminos por donde solía aparecer.

Y así se amaron por mucho tiempo. Pasaron días, años, el tiempo era un caballo desenfrenado. Hasta que un día, ebrios de amor, se durmieron entre los cantos de los grillos y la luz de las luciérnagas. Al rayar el alba, ella se despertó horrorizada: ahí estaba él, inerte y frío, mientras ellas, las serpientes, reían entre sí saboreando la sangre ajena.

(2016)

Penélope (o la espera infinita)

*Sólo gana su Libertad y su existencia
quien la reconquista todos los días. (Goethe).*

No se impacienta. Sentada junto al muelle en una banca oxidada, la brisa del mar golpea su cara, demacrada por el tiempo. Ha visto caer y resurgir los imperios en su eterna paciencia y espera. Hace cientos y cientos de años vio llegar miles de nuevas caras bajando de los barcos, adueñándose de todo lo que había al alcance hasta donde diera el horizonte. En aquel entonces, no existía la banca, sino que, sentada en una piedra y con el pelo suelto, aguardaba con paciencia sin apartar la mirada a lo lejos del ocaso, esperando algo. Con el tiempo, se levantaron nuevas luces y enormes castillos adornaban las cercanías del muelle con ondeantes banderas, ya ni estaba la piedra. Habían instalado una banca hecha de madera y allí seguía aguardando.

Cayeron monarcas uno tras otros, y nunca se movió de ahí, incluso con los siglos cuando se trazó la ruta de un nuevo invento llamado ferrocarril, se desviaba por el punto donde la eterna banca de la espera era ocupada por Penélope. Vio caer los inviernos y resurgir la primavera una y otra vez. Años después, estalló la guerra, la Gran Guerra, y Penélope vio caer tantos hombres a sus pies y nunca se movió del lugar, llegó una paz temporal. Las autoridades decidieron instalar bancas metálicas cerca del muelle, una de las cuales ocupó la mujer paciente. Vio estallar la Segunda Guerra, y los cientos de aviones que sobrevolaban la ciudad que era bombardeada a diestra y siniestra. Terminó la guerra el día en que Penélope sintió un frío seco entrar por los poros de su piel, mientras a lo lejos, un hongo luminoso adornaba el firmamento.

Fue testigo de tres golpes de estados posteriores. Vio a la muchedumbre levantarse enardecida contra el tirano de turno, y ella estaba en la eterna paciencia sentada en la banca el día en que un barco famoso, cargado de pasajeros se hundió frente a las costas del mar donde ha aguardado. Un día, allá en la década del 60, un grupo musical de jóvenes británicos se tomaron una foto cerca del muelle, ahí a lo lejos puede observarse a Penélope perder la mirada hacia el horizonte, sentada en la misma banca. Sintió los cambios y no se movió. Ahí siguió, aun cuando cerca del muelle mataron a un presidente y procuraron evacuar todo el lugar. Sólo Penélope quedó en el sitio. Actualmente, llegan muchos jóvenes a tomarse fotos a este muelle.

Más de uno lo ha hecho sentado en la banca donde aguarda ella. De vez en cuando desvía la mirada a un lado para observar al que se está fotografiando, pero no dice nada. Penélope no se impacienta. Pero no te asustes si al pasar cerca del muelle, exactamente en la banca más vieja vas a observar a una mujer que está dispuesta a esperar el infinito, no te asustes si al pasar ella, hace un gesto y te llama a que te acerques y toque tu cara y te diga con la mirada confusa: ¿Eres tú, Ulises?

2016.

Dedos

Hugo escribe hermosos poemas. Los borra y reescribe sin cansancio. De las bolsas de su pantalón, Hugo saca galaxias y estrellas de protones y nebulosas polvosas, algunas veces las sopla para quitarles la suciedad. Cuando se siente aburrido las pone a orbitar en lo más alto del techo de su habitación, en sus horas más oscuras; le alumbran la noche y los sueños difusos, si es que puede conciliar alguno.

Debajo de su almohada saca un rollo de papeles viejos, escupe palabras sobre el papel y este se expande como un universo otoñal, de donde saltan países y ciudades llenas de música, de autos tristes y avenidas atestadas de niños y gaviotas en las plazas más lejanas.

También dibuja mapas, barcos y astrolabios en las paredes grises y hay una brújula sin tiempo que le palpita en el pecho. De pronto, las paredes se llenan de luces. Las paredes hablan, murmullan. El cuchicheo no deja dormir a Cortecito, el enfermero, cuando está en sus días de turno. «Este viejo mucho jode» piensa Cortecito, mientras sube el volumen de su pequeño radio con el cual escucha el Pomares, pero Hugo ya no está tranquilo.

La habitación de Hugo está inundada de agua-luz, agua-versos. Cortecito se impacienta en el momento que por fin Hugo logra conciliar el sueño. Cortecito, en silencio, entra a la habitación, en una de sus manos lleva una navaja filosa, lame sus labios, le brillan los ojos y, en un acto fugaz, le corta los dedos a Hugo. Para que los gritos no invadan el pasillo del hospital, Cortecito le tapa la boca con una fuerza voraz. Cortecito toma los dedos arrancados de Hugo y los envuelve en un pañuelo. Mira su reloj que avanza en reversa, marcan las veintiuna horas con trece

minutos. Saca una libreta roja de su gabacha y anota algo. Cortecito cree haber ganado la batalla y sale apresurado de la habitación.

Hugo, desconcertado, tiene un agudo dolor en sus manos, siente brotar de sus muñones la sangre caliente que cae al piso de donde empiezan a crecer unas plantas de bambú que rompen el concreto baldío. Hugo está triste, no puede ensortijar los amaneceres.

Pero en la siguiente noche, mirando al cielo por la única ventana de su habitación, alza sus brazos y llora su desgracia. De repente, hay algo dentro de su cuerpo que lo hace tambalear, sus dedos retoñan, le crecen de pronto y de sus ojos salta una bandada de águilas enfurecidas y alzan vuelo. La habitación se llena nuevamente de astros nostálgicos, para seguir manchando las paredes con palabras galácticas.

2018.

(Del libro inédito Manicomio y otros cuentos, de Omar Alí Moya García).